Capítulo 6

Fabulación y narración en la relación de fray Gaspar de Carvajal, O. P. *

MARTHA GONZÁLEZ DE DÍAZ**

Y señaladamente, cuanto al gobierno de las Indias, es muy necesario que tengáis solicitud y cuidado de saber y entender cómo pasan las cosas de allí y de asegurarlas por el servicio de Dios...
(*Testamento de Carlos V y recomendaciones a su hijo Felipe II*).

Cuando los conquistadores españoles llegaron a tierras americanas en el siglo XVI, se encontraron con un paisaje tan exótico y con una naturaleza tan deslumbrante y atravesada por ríos tan desconocidos, que muchos de ellos sintieron que habían llegado al lugar más hermoso de la tierra, comparable al paraíso terrenal, es decir, al Edén del que hablaban las crónicas medievales. Sin embargo, su impresión frente a las tierras descubiertas fue a la vez de desconcierto y asombro ante el misterio de la selva y la frondosidad de su vegetación. Este

---

* Capítulo producto del proyecto de investigación “Fabulación y Narración: de Fray Gaspar de Carvajal, O.P. a Fray Jacinto de Carvajal, O.P.” del Instituto de Estudios Socio-Históricos Fray Alonso de Zamora.

** Investigadora del Instituto de Estudios Socio-Históricos Fray Alonso de Zamora de la Universidad Santo Tomás.

espectáculo de la naturaleza americana, exuberante y generosa, a la vez que agresiva y hostil, no pudo menos que despertar en los expedicionarios españoles admiración y deslumbramiento, a la vez que desconfianza y temor por lo inesperado del entorno y la dificultad para dominarlo.

La idea que había llevado a los navegantes españoles a explorar un mundo nuevo y a emprender su conquista tenía sus arraigos épicos y medievales, y estaba emparentada directamente con aquella idea que circulaba ya en la Edad Media de la existencia de otros mundos fabulosos que estaban por descubrir. Ahora bien, respecto a los calificativos que hemos utilizado en la formulación anterior, el primero de ellos, referido a lo épico, hace alusión a la condición de aquello que es fruto del coraje, del heroísmo y de la aventura. Por su parte, lo medieval, referente a los siglos que antecedieron al Renacimiento, en particular a los siglos XIII y XIV, ofrece una visión maravillosa de personajes legendarios ensalzados por su valentía y grandeza.

En cuanto al proceso que debían llevar a cabo los españoles en el siglo XVI, este se hallaba determinado por la expansión de la Península Ibérica y la idea de sus monarcas, los Reyes Católicos, de expandir el Imperio más allá del Atlántico. Esta idea implicaba la imposición de una nueva cultura y, por ende, “la destrucción y el desconocimiento de la nueva realidad americana que se iba a prolongar durante una historia posterior”, tal como lo señala Beatriz Pastor (1983, p. 17). De modo que el proceso de conquista y colonización habrá de extenderse por más de tres siglos, hasta el momento de las gestas libertadoras de América en el siglo XIX.

Es indudable que los primeros contactos entre estas dos culturas se produjeron en medio de tensiones. El siglo XVI será testigo de los desencuentros y verdaderos genocidios en las comunidades indígenas recién descubiertas, lo que dio pie para la llamada “leyenda negra”. Ahora bien, en palabras de Tzvetan Todorov, (1987).

la historia del globo está hecha de conquistas y derrotas, de colonizaciones y de descubrimientos de los otros; pero, el descubrimiento de América es lo que anuncia y funda nuestra identidad

presente; [...] no hay otra fecha que convenga más para marcar el comienzo de la era moderna que el año 1492 (p. 15).

Es a partir de ahí que comienza para nosotros, americanos, la gran aventura de sabernos ciudadanos del mundo.

Es indudable que los hechos ocurridos en el siglo XVI marcaron un derrotero histórico y cambiaron el rumbo de los acontecimientos. Respecto a los propósitos que guiaban a Cristóbal Colón y posteriormente a los conquistadores, el móvil esencial estaba dirigido al factor económico, y esta evidencia se puede constatar ya desde la primera carta de Colón a los Reyes Católicos, en la que el navegante genovés evidencia la presencia del oro en los territorios a donde ha llegado, y la importancia de obtener riquezas a través de su explotación. Aparentemente, presentarse ante los Reyes con esta oferta, para expandir la influencia de la Corona, era a todas luces un motivo de satisfacción y el aseguramiento de financiar sus viajes posteriores. Era necesario que los indicios de la presencia del oro figurasen y se multiplicasen en muchas páginas. A este propósito, hablando de la isla La Española, Colón se expresa así: “en esta hay muchas especierías, y grandes minas de oro y do [sic] otros metales”. En esta misma carta encontramos la siguiente mención: “En conclusión a hablar de esto solamente que se ha hecho este viaje, que fue así de corrida, pueden ver Sus Altezas que yo les daré oro cuanto hubieren menester, con muy poquita ayuda que Sus Altezas me darán” (Colón, s.f, p. 2).

Otra de las afirmaciones respecto al interés por la adquisición de riquezas, representadas en el oro y otros metales, la encontramos en Bartolomé de las Casas. El fraile es muy explícito al señalar las situaciones que han llevado a la destrucción de tantos pueblos debido a la codicia por la adquisición del preciado metal.

La causa porque han muerto y destruido tantas y tales y tan infinito número de ánimas los cristianos ha sido solamente por tener por su fin último el oro, y henchirse de riquezas en muy breves días y subir a estados muy altos y sin proporción de sus personas, conviene a saber: por la insaciable cudicia [sic] y ambición que han tenido, que ha sido la mayor que en el mundo ser pudo, por ser aquellas tierras tan felices y tan ricas, y las gentes tan humildes,

tan pacientes y tan fáciles a sujetarlas, a las cuales no han tenido más respeto ni dellas han hecho más cuenta ni estima (hablo con verdad, por lo que sé y he visto todo el dicho tiempo) (de las Casas, 2011, p. 17).

El imaginario de los conquistadores españoles estaba plagado de fantasías y de lugares exóticos, donde los minerales preciosos abundaban por doquier. Como es lógico, la fantasía humana se sintió atraída por los supuestos que circulaban sobre leyendas, mitos e islas fantásticas que existían en la lejanía del océano. La increíble realidad geográfica, con sus gigantescos ríos, en medio de selvas exuberantes y horizontes infinitos, no pudo menos que alimentar la imaginación, y dar paso a una escritura abundante y novedosa, plasmada en los textos que hoy conocemos, y que son la muestra fehaciente de lo que significó para la literatura la conquista de las tierras americanas.

¿Pero qué significaba el viaje como empresa, llevada a cabo por los expedicionarios españoles? Este se constituía no solo como un desplazamiento azaroso y lleno de riesgos; en su realización había algo de misterioso, de indescifrable, era una meta y un propósito por alcanzar. Mientras que los conquistadores buscaban las riquezas y el aprovechamiento de las tierras descubiertas, los misioneros que los acompañaban iban motivados por extender la religión y evangelizar a unos pueblos que no habían recibido el mensaje cristiano. Pero unos y otros iban apertrechados con los vestigios de una larga tradición, marcada sobre todo por el Renacimiento, en la que se amalgamaban los mitos de la antigüedad clásica con las imágenes provenientes de la religión.

Los textos del siglo XVI nos presentan una colección de cronistas viajeros que se desplazan por las rutas del Nuevo Mundo. Estos cronistas, que ya habían experimentado el humanismo renacentista y los retos de la lectura y la escritura, llevaban en su equipaje cultural un cúmulo de experiencias e historias de viaje que les habrían de proporcionar una hoja de ruta y de navegación para construir sus relatos viajeros, en el día y la hora propicios para redactar sus crónicas. Estos textos llevan la impronta característica de la geografía tropical. El paisaje exuberante y la flora silvestre serán el entorno recurrente donde habrán de morar los personajes de sus historias.

Ahora bien, es preciso decir que si las expediciones por los ríos y la búsqueda de los tesoros en los altiplanos son reales, todos los elementos del imaginario colectivo se integran en un gran conjunto de mitos y leyendas. Tal como lo señala Jaime Humberto Borja (2002), en *Los indios medievales de fray Pedro de Aguado*:

[...] la permanencia de la visión medieval del mundo se reflejó en la escritura de los hechos y la ficción de América. Las referencias a este imaginario, con representaciones y descripciones similares, se encuentran en los libros de los conquistadores de México a Chile, donde los mitos se transformaron o adquirieron nuevas formas (p. 39).

La *Relación* de fray Gaspar de Carvajal

Ahora bien, si la visión medieval del mundo llegó a ser un factor que determinó la escritura de los textos indianos, las dimensiones proporcionadas por el entorno geográfico contribuyeron en gran medida a darles un contexto maravilloso a los relatos de los conquistadores. Este impacto, que puede encontrarse en la mayor parte de los cronistas de la época, tiene, en el caso específico de fray Gaspar de Carvajal, unas características peculiares que bien vale la pena resaltar. Ya el mismo título de su crónica deja entrever la grandiosidad de dicha aventura, y reza así:

Relación que escribió Fray Gaspar de Carvajal, de la Orden de Santo Domingo, del suceso del nuevo descubrimiento del famoso río grande, que descubrió por muy gran ventura el Capitán Francisco de Orellana, desde su nacimiento hasta salir a la mar, con cincuenta y siete hombres que trajo consigo y se echó a su ventura por el dicho río y por el nombre del Capitán se llamó el río de Orellana (Carvajal, 1955, p. 41).

El texto nos habla de “suceso” e insiste en llamarlo doblemente “descubrimiento”, califica al río con los apelativos de “grande” y “famoso”, y resalta que se realizó “por muy gran ventura”. Y, finalmente, recalca

una vez más que el capitán Orellana “se echó a su ventura”. En otras palabras, se insiste en el carácter fortuito y prodigioso del evento, tal vez uno de los más grandiosos en las gestas de la conquista de América. Todo el texto, como tendremos ocasión de verlo, está marcado por la admiración, y el fraile no se cansará de insistir en que lo ocurrido fue una gran hazaña, llena de acontecimientos inesperados.

La selva insondable, poblada por animales desconocidos, aves fabulosas y serpientes descomunales, causó un impacto tan grande, que pareciera que los cronistas no encontraban palabras para describir la novedad de lo descubierto. En referencia a los numerosos habitantes y a la grandiosidad del río, el fraile nos cuenta cómo:

[...] hobo [sic] día que pasamos más de veinte pueblos, y esto por la banda que nosotros íbamos, porque la otra no la podíamos ver por ser el río grande, y así íbamos dos días por la banda diestra, y después atravesábamos e íbamos otros dos por la banda siniestra, que mientras víamos lo uno no víamos lo otro (Carvajal, 1955, pp. 83-84).

El capitán Francisco de Orellana, quien se había adelantado con un puñado de hombres para buscar pertrechos para el grupo expedicionario, se encontró con que el caudal del río no le permitía remontarlo, y tratar de regresar por tierra hubiera sido caer en manos de las tribus que habitaban dichos parajes, de modo que se vio obligado a continuar río abajo. Se trató de una verdadera osadía, ya que desconocían hacia dónde los conduciría la corriente del río, que aumentaba cada vez la inmensidad de su caudal y la espesura de la selva que lo circundaba.

Junto a la grandiosidad del río y la inmensidad de la selva, llaman la atención del narrador las numerosas y variadas tribus indígenas con las que los expedicionarios toparon a su paso. Es cierto que la narración no se detiene a examinar sus diferencias y las características de cada una de ellas, pero muestra muy bien cómo fueron recibidos los españoles de forma muy diversa: mientras que unos grupos los acogieron y ayudaron de manera generosa, otros los rechazaron belicosamente. La descripción de tamaña aventura es presentada así por Jorge Hernández Millares, en el prólogo a la *Relación* de Fray Gaspar:

Desde lo alto de la ingente cordillera de los Andes, en frágiles e improvisados bergantines, un puñado de hombres, precipitados por las corrientes fluviales de la vertiente oriental andina, se veían lanzados a las turbias aguas del caudaloso Amazonas y arrastrados al través de mil peligros hasta el Atlántico (Carvajal, 1955, p. 23).

Fray Gaspar de Carvajal, el dominico que acompañaba la expedición como su capellán, asumió la tarea de relatar lo sucedido, con el propósito de defender al capitán Francisco de Orellana de las acusaciones presentadas por su jefe, Gonzalo Pizarro. En efecto, tras haberlo enviado para obtener víveres necesarios para los expedicionarios que buscaban incansablemente el País de la Canela, se vio arrastrado por las tormentosas corrientes del inmenso río que le impedían regresar al lugar convenido con Gonzalo Pizarro. “El mito del País de la Canela se había esfumado —comenta Hernández Millares—, pero el ambicioso designio de hallarlo había promovido el viaje de exploración más notable de la historia de América” (Carvajal, 1995, p. 23).

El fraile, dotado de un espíritu de observador cuidadoso y de un manejo del estilo sobrio y sin adornos, consignó de manera pormenorizada la travesía que llevó a Orellana y a sus expedicionarios hasta el océano Atlántico, a donde los condujo el caudaloso río. La narración de fray Gaspar no abunda en virtuosismos verbales, ni utiliza técnicas literarias muy complejas, ya que se trataba de un escrito cuyo destinatario era un tribunal constituido para juzgar al acusado; lo que sí se observa en su relato es la constante referencia a la naturaleza, a la diversidad de la flora y de la fauna, y a la riqueza y variedad de los frutos, y sobre todo a los grandes y numerosos trabajos padecidos por el grupo de expedicionarios.

En ocasiones, como hemos señalado, eran recibidos con benevolencia por los nativos, como en la Tierra de Paguana, donde, al llegar los españoles —cuenta fray Gaspar—, “los indios se estuvieron quedos y holgaron mucho de ver a nuestros compañeros, y les dieron mucha comida y tortugas y papagayos en abundancia” (Carvajal, 1955, p. 57). Más adelante narra cómo “la tierra es muy grande y vistosa, y muy abundosa de muchas comidas y frutas, como piñas y peras, que en lengua de la Nueva España se llaman aguacates, y ciruelas e guamas, y otras muchas y muy buenas frutas” (p. 83).

El descenso por el río Amazonas comenzó el 26 de diciembre de 1541, partió de sus fuentes más occidentales, y terminó en su desembocadura en el océano Atlántico ocho meses después. Los expedicionarios se adentraron por la selva, siguiendo la corriente del río, y este los fue llevando hasta el punto en que Orellana ya no pudo retornar para informar a Gonzalo Pizarro de su descubrimiento, “porque, aunque quisiésemos volver aguas arriba, no era posible —dice el cronista— por la gran corriente, pues tentar ir por tierra era imposible” (Carvajal, 1955, p. 46). Y lo era, no solamente por las dificultades que ofrecía la enmarañada selva, sino igualmente por la posibilidad de morir en un enfrentamiento con los indígenas de la región. Decisión que le valió a Orellana la acusación ante la Corte, de la cual fue absuelto, entre otras razones, gracias al relato de fray Gaspar.

Los expedicionarios recorrieron unas veces extensiones inmensas, sin hallar habitantes que pudieran orientarlos y abastecerlos de alimentos; mientras que, en otras ocasiones lograron entrar en contacto y comunicarse con los nativos de esas tierras, quienes los acogieron con generosidad:

[...] los indios —cuenta Fray Gaspar— no dejaban de venir y acudir al capitán y a le traer de comer muy largo y con tanta orden como si toda su vida hobieran [sic] servido, y venían con sus joyas y patenas de oro, y jamás el capitán consintió tomar nada ni aun solamente mirarlo (Carvajal, 1955, pp. 52-53).

Pero no pocas veces los españoles entraron en conflicto con grupos de indígenas que abundaban por esas regiones. En cierta ocasión, el fraile narra cómo los nativos “llamaban a la gente de guerra y luego comenzaban a tocar sus trompetas y cornetas de palo y atambores, y con muy gran grito nos acometían, pero, como dicho tengo, los arcabuzes y ballestas, después de Dios, eran nuestro amparo” (1955, p. 77). Ahora bien, si de las descripciones de la naturaleza y de su entorno pasamos a la organización textual presente en la *Relación*, nos damos cuenta de que los mitos y fabulaciones han desempeñado un papel fundamental en la creación de un imaginario americano, en el sentido de haber trasladado al Nuevo Mundo leyendas y epopeyas de origen europeo. Los expedicionarios españoles del siglo XVI estaban, además,

fuertemente influidos por las novelas de caballería, leídas entonces con desbordante entusiasmo, como bien lo ha señalado Irving Leonard (2000) en su estudio sobre *Los libros del conquistador* (Cap. II, p. 71-85).

Estos imaginarios produjeron en el espíritu de aquellos aventureros una especial propensión al mito, a lo fantástico e inesperado, a interpretar a su manera fenómenos desconocidos, y a determinar sus actuaciones por elaboraciones fantasiosas, frutos de su desbordada imaginación. La incesante novedad de América les sirvió con frecuencia de confirmación para sus fantasías, lo que trajo como consecuencia un doble movimiento; porque si, por un lado, las realidades confirmaban sus fantasías, estas, a su vez, les servían de impulso para llevar adelante sus aventuras. Como bien lo señala Beatriz Pastor (1983), apoyándose en las observaciones de Irving Leonard:

Desde principios del siglo XVI, y especialmente durante la primera mitad, se sucedieron casi sin interrupción las expediciones en busca de objetivos maravillosos y quiméricos. La expansión territorial del Imperio español y la exploración del continente americano se desarrollaron y realizaron bajo el signo seductor del mito (p. 237).

La categoría “relación”

Esta categoría y la familia lingüística relacionada con ella, donde se inscriben las crónicas, las cartas y los relatos, tiene una larga tradición histórica que remonta a la época de Herodoto, y, en palabras de Blanca López de Mariscal (2007), lo imitan “en su afición por describir lo exótico y lo inusitado, especialmente cuando el tema a tratar se relaciona con la descripción de lugares lejanos” (p. 57). El siglo XVI, heredero de la tradición clásica y medieval, hace suyas las herencias recibidas e imita a sus predecesores en la técnica de descripción de relatos de viaje, así como en el hecho de considerarlos historias por parte de los cronistas del Nuevo Mundo.

La abundante bibliografía que se ha producido en torno a la organización teórica de los textos relativos a las experiencias del descubrimiento, presenta un aporte significativo relacionado con los textos

producidos por los religiosos llegados al Nuevo Mundo. Las primeras órdenes religiosas que incursionaron en territorios americanos fueron los franciscanos. Su escritura hace énfasis en la obediencia y la castidad, es decir, en la práctica de la virtud. Estos dos comportamientos ponen de relieve las actitudes que deben prevalecer en las comunidades que van a adoctrinar. Por su parte, los dominicos procuran, con sus escritos y sus prédicas, evangelizar y difundir la palabra de Dios, además de acompañar, en calidad de capellanes, a los expedicionarios comprometidos en los descubrimientos del siglo XVI. Es el caso de fray Gaspar de Carvajal, perteneciente a la Orden de Santo Domingo.

Escribir y describir el viaje fue parte de la tarea que asumieron los religiosos, quienes partían desde su terruño español convencidos de una misión de orden divina y como dignos representantes de la Orden de Predicadores. Esta era, pues, la primera motivación, en el rango de prioridades, pero existía otra, no menos importante, relacionada con los compromisos adquiridos con la Corona de dar cuenta fidedigna de los acontecimientos ocurridos en estas latitudes, al igual que describir con la mayor precisión posible el paisaje, la flora, la fauna y las características étnicas de los pobladores de estas tierras. El ejercicio de la escritura es el encargado de confirmar el progreso y avance territorial que encabeza el Imperio. No en vano los Reyes Católicos solicitaban a Colón, antes del cuarto viaje: “Y habéis de informarnos del grandor de las dichas islas, e facer [sic] memoria de todas las dichas islas y de la gente que en ellas hay y de la calidad que son para que de todo nos traigáis entera relación” (Mignolo, 1992, p. 71).

La crónica puede ser caracterizada como un texto que trata de contar y conservar acontecimientos del pasado, o la anotación de los hechos del presente teniendo en cuenta la secuencia temporal. Su escritura está sujeta a la precisión y verosimilitud que le imprima el cronista, de tal forma que su lectura sea creíble, y que las generaciones que lean los textos posteriormente puedan guardar memoria de lo que en ellos se narra (Carrillo, 1987, pp. 25-30).

Ahora bien, en el siglo XVI, estos documentos fueron escritos, en muchas ocasiones, por individuos que no tenían relación directa con los asuntos de la Corona, pero que manifestaron un vivo interés por vincularse con los acontecimientos del descubrimiento, y se propusieron

dar cuenta de las hazañas de los conquistadores españoles. Esta actividad despertó un interés inusitado y muchos historiadores, cronistas, soldados, religiosos y gente de la rama administrativa, se dieron a la tarea de escribir crónicas, puesto que el oficio producía ganancias y reconocimientos reales.

Sin embargo, dada la profusión de estos escritos, y la dificultad de deslindar lo verdadero de lo fantasioso, los monarcas se vieron en la obligación de nombrar cronistas que se dedicaran a redactarlas de manera oficial. Así pues, se desarrolló un nuevo género, las crónicas de Indias, sobre los temas, los hombres y las cosas que constituían “la maravilla de América” o la “novedad indiana”. Se trata de escritos que abarcan un horizonte muy amplio, que se extiende desde el siglo XVI y se prolonga hasta el siglo XVIII, cuando ya se empieza a sentir el eco de los movimientos de independencia y el mundo colonial empieza a declinar. En este vasto universo de producción cronística, es normal que se produzcan textos diversos que responden a las vivencias y experiencias de los cronistas, de acuerdo a las situaciones que les correspondió experimentar.

Con referencia al estilo, nos dice Francisco Carrillo (1987) que se trata de textos redactados de forma “sencilla y natural, sin ninguna retórica, pero su lectura da a entender que [el autor] procura adornar sus escritos con toda la elegancia que le permite su formación académica y cultural. [...] Se caracterizan por su estilo pragmático notarial y pretenden decir la verdad de los descubrimientos, de las conquistas y colonizaciones, de la geografía, del clima, etc.” (p. 25-26).

El mito de las Amazonas

A este respecto, en la *Relación* de fray Gaspar de Carvajal nos encontramos con un caso que bien podemos considerar paradigmático. Porque el mito de las Amazonas contaba con una muy larga historia en el imaginario europeo. Sus orígenes se remontan a la mitología griega, la cual hablaba de un pueblo compuesto únicamente de mujeres, donde los hombres solo cumplían funciones de servidumbre y, en determinadas ocasiones, les servían para perpetuar la especie. Se hablaba de

mujeres guerreras, a las que se les amputaba un seno para que pudieran manejar el arco. Pues bien, cuando los expedicionarios del adelantado Francisco de Orellana avanzaban por el río,

(...) buscando —dice el Fraile— algún apacible asiento para festejar y regocijar la fiesta del glorioso y bienaventurado San Juan el Bautista [24 de junio], y quiso Dios que, en doblando una punta que el río hacía, vimos la costa adelante muchos y muy grandes pueblos que estaban blanqueando. Aquí dimos de golpe en la buena tierra y señorío de las Amazonas (Carvajal, 1955, p. 95).

Lo que llama la atención del relato es la forma tan espontánea como el cronista interpreta la realidad a la luz de un mito, al considerar, sin la menor duda, que esa realidad no hacía más que confirmar sus fantasías. Para el fraile, los indígenas que parecían liderar la contienda eran una clara confirmación de la existencia de las Amazonas, leyendo de esta manera la realidad en el espejo de su imaginación. Resulta realmente llamativa la forma como el narrador pasa de describir ingenuamente situaciones objetivas, perfectamente reales, a proyectar en ellas su universo fantástico. Es tal la naturalidad con la cual se nos exponen los hechos, que no resulta posible saber si, en efecto, se trataba de mujeres guerreras que comandaban a los indígenas o, por el contrario, no eran más que hombres de largas cabelleras. Vale la pena traer a colación la forma en que fray Gaspar (1955) nos describe a sus pretendidas Amazonas:

Estas mujeres son muy altas y blancas y tienen el cabello muy largo y entranzado y revuelto a la cabeza: son muy membrudas, andaban desnudas en cueros y atapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios, y en verdad que hobo [sic] muchas de éstas que metieron un palmo de flecha por uno de los bergantines y otras menos, que parecían nuestros bergantines puerco espín. Tornando a nuestro propósito y pelea, fue Nuestro Señor servido de dar fuerza y ánimo a nuestros compañeros, que mataron siete o ocho, que éstas vimos, de

las amazonas, a cuya causa los indios desmayaron y fueron vencidos y desbaratados con harto daño de sus personas (p. 97-98).

El relato de fray Gaspar se ciñe a los parámetros dictados por el rey Carlos V, en los que se solicitaba narrar de manera fehaciente los acontecimientos, con el propósito de enterar a la corte de las realidades del Nuevo Mundo descubierto. El texto conserva la objetividad que se esperaba de los cronistas, de tal manera que su escrito se atiene a lo que sus ojos ven. Y esto con mayor razón, al tratarse de un documento que debía servir para exonerar a su capitán de la acusación ante las cortes. Como bien lo señala Hernández Millares, en la introducción a la *Relación*:

[...] algunas de sus descripciones tienen tal realismo, que no hay que esforzarse mucho para imaginar el espectáculo, que debió estar lleno de colorido, de aquellos barbudos y famélicos expedicionarios, con los cuerpos cubiertos de andrajos, arrastrados por las aguas hacia un destino desconocido, en dos mal contruidos bergantines (Carvajal, 1955, p. 34).

Cabe resaltar cómo, en su propósito de narrar los sucesos de la manera más fehaciente posible, el cronista, al iniciar su relato, se muestra cuidadoso en distinguir lo que él ha podido conocer solo de oídas, de lo que él mismo ha visto y experimentado. Así, luego de narrar las andanzas de Orellana antes de unirse con Pizarro, escribe el fraile: “y aunque esto que he dicho hasta aquí no lo vi ni me hallé en ello, pero informeme de todos los que venían con el dicho capitán” (Carvajal, 1955, p. 43). Y pasa luego a dar inicio a su crónica diciendo: “pero lo que de aquí en adelante dijere será como testigo de vista, y hombre a quien Dios quiso dar parte de un tan nuevo y nunca visto descubrimiento como es éste que adelante diré” (p. 43).

Llama igualmente la atención la forma como busca confirmar el encuentro con las amazonas, apoyándose en las informaciones que, según él, daban los mismos indígenas. Fray Gaspar parece estar convencido de que Orellana lograba comunicarse con los nativos en la lengua de estos, lo que resulta poco verosímil, a pesar de que el capitán

había logrado tener conocimiento de algunas lenguas indígenas. Resulta extraño pensar que todas esas diversas tribus, dispersas en territorio tan extenso, hablaran un idioma común. Así, en el primer encuentro que tienen, luego de tomar un pueblo del que huyen sus habitantes,

[...] los indios comenzaron a venir por el agua a ver qué cosa era —dice Fray Gaspar—, y así andaban como bobos por el río; y visto esto por el capitán, púsose sobre la barranca del río, y en su lengua, que en alguna manera los entendía, comenzó a hablar con ellos y a decir que no tuviesen temor y llegasen que les quería hablar (Carvajal, 1955, p. 50).

La convicción del religioso sobre las habilidades lingüísticas de su capitán parece explicar por qué, luego de haber avanzado más allá de la desembocadura del Río Negro, el fraile no muestra la menor duda al relatar el pretendido testimonio sobre las amazonas proveniente de un nativo:

El indio dijo que ellos eran sujetos y tributarios a las Amazonas, y que no las servían de otra cosa sino de plumas de papagayos y alguacamayas para aforros a los techos de las casas de sus adoratorios, y que los pueblos que ellas tenían eran de aquella manera, y que por memoria lo tenían allí y que adoraban en ello, como en cosa, insinias de su Señora, que es la que manda toda la tierra de dichas mujeres (Carvajal, 1955, p. 86-87).

Esta información se ve luego confirmada por el testimonio de otro indígena, a quien Orellana, como dice el fraile, “ya lo entendía por un vocabulario que había hecho” (p. 103). Vale la pena retomar una parte de ese increíble diálogo, en el que salen a relucir todas las características con las que la imaginación había decorado el mito de las amazonas. La narración es de una increíble ingenuidad e inocencia, que llegan a despertar en el lector el deseo de tomarla como verdadera. El texto es de tal belleza en su espontaneidad y en su deseo de ser creído, que nos tomaremos la libertad de citarlo por extenso. Luego de averiguar sobre el lugar de origen de las amazonas,

[...] el capitán —escribe el Cronista— le tornó a preguntar que qué mujeres eran aquellas que nos habían salido a dar guerra, y el indio dijo que eran unas mujeres que residían la tierra adentro cuatro o cinco jornadas de la costa del río [...] El capitán le tornó a preguntar que si estas mujeres eran casadas y tenían marido; el indio dijo que no. El capitán le tornó a preguntar que de qué manera vivían; el indio dijo que, como dicho había, estaban la tierra adentro y que él había estado allá muchas veces y había visto el trato y vivienda, que, como su vasallo, iba a llevar el tributo cuando el señor lo enviaba. El capitán preguntó que si estas mujeres eran muchas; el indio dijo que sí, y que él sabía por nombre setenta pueblos y que en algunos había estado y contolos delante de los que allí estábamos. [...] Y el capitán le preguntó que si estas mujeres parían; él dijo que sí, y el capitán dijo que cómo, no siendo casadas ni residiendo hombres entre ellas, se empareñaban; el indio respondió que estas mujeres participaban con hombres a ciertos tiempos, y que cuando les viene aquella gana, de una cierta provincia que confina junto a ellas, de un muy gran señor, que son blancos, excepto que no tienen barbas, vienen a tener parte con ellas, y el capitán no pudo entender si venían de su voluntad o por guerra, y que están con ellas cierto tiempo y después se van. Las que quedan preñadas, si paren hijo dicen que lo matan o lo envían a sus padres, y si hembra, que la crían con muy gran regocijo, y dicen que todas estas mujeres tienen una por señora principal a quien obedecen, que se llama Coroni (Carvajal, 1955, pp. 104-105).

La escena, de características verdaderamente surrealistas, no es difícil de imaginar: entre señas y sonidos vocales, el capitán trata de confirmar lo que tenía guardado en su imaginación, mientras que el nativo, presa del temor, busca, con sus respuestas, escapar indemne de esa penosa situación. Una escena digna del mejor teatro del absurdo, un verdadero diálogo de sordos. Mientras que el uno busca confirmar sus prejuicios, el otro trata de dar las respuestas que le permitan complacer a su interlocutor. Pero fray Gaspar no abriga la menor duda: la expedición ha llegado hasta el territorio de las verdaderas Amazonas, aquellas que los griegos solo habían podido vislumbrar en su mitología.

Lo que veían sus ojos y escuchaban sus oídos no podía dejar la menor duda: se hallaban ante la confirmación indudable de ese ancestral mito.

La narración tiene rasgos tan inverosímiles, que algunos comentaristas han llegado arrojar un manto de duda sobre toda la relación de fray Gaspar. Sin embargo, la lectura del texto pareciera ofrecer una visión contraria: la narración en general tiene visos tan verosímiles, que la descripción de las pretendidas amazonas llega a tomar rasgos de verosimilitud. Por supuesto, no se trata de creer en su existencia, pero sí de considerar que el fraile no está pretendiendo ofrecer una narración engañosa. Él llegó a convencerse de que el mito griego que él conocía, había sido corroborado por la experiencia.

Es difícil encontrar un mejor ejemplo de aquello que ha sido llamado el “realismo mágico”, pero con una diferencia muy significativa, porque mientras que nuestros escritores modernos que se adhieren a dicha corriente se esfuerzan por ofrecernos los resultados de su desbordada imaginación, fray Gaspar, en su ilimitado candor y con la más pura voluntad de veracidad, nos presenta un cuadro realmente maravilloso de lo que cabe describir como la confrontación entre dos culturas por completo diferentes.

El Gran Río

Ya hemos tenido ocasión de señalar la impresión de grandeza que el río daba a los expedicionarios. Una y otra vez, fray Gaspar enumera las distancias que debieron recorrer para llegar hasta el océano Atlántico. Esta impresión de grandeza descomunal se ve corroborada por el jesuita José de Acosta, en su *Historia natural y moral de las Indias*, cuando dice: “Mas hablándose de ríos, con razón pone silencio a todos los demás aquel gran río, que unos llaman de las Amazonas, otros Marañón, otros el río de Orellana, al cual hallaron y navegaron los nuestros españoles, y cierto estoy en duda si le llame río o mar” (citado por Pizarro, 2009, p. 15).

Sabemos que, al redactar su *Relación*, fray Gaspar buscaba la exoneración de Orellana, acusado de traidor por Gonzalo Pizarro, haciendo notar cómo la decisión de avanzar por el río, en vez de devolverse hasta

donde habían quedado sus compañeros, obedeció a la imposibilidad de hacerlo. El caudal creciente del río les hacía imposible el retorno, y el camino por tierra estaba plagado de peligros. En todo caso, la narración del fraile convenció a las autoridades de Madrid para exculpar a Orellana. En este contexto, no se ve razón alguna para que el fraile dominico pretendiera introducir una narración engañosa, ya que ello no hubiera contribuido en nada para su propósito.

Ahora bien, si hoy tomamos un mapa para examinar el recorrido de la expedición en los ocho meses en los que navegaron sin saber bien su destino, no podemos menos que admirar el arrojo y tenacidad de esos hombres, dispuestos a superar todas las dificultades, movidos por su ambición de riqueza, por su imaginación desbordada, por su lealtad a la Corona, pero apoyados también en su profunda fe religiosa. Una amalgama de motivaciones que hoy nos puede resultar muy extraña, pero que, cuando leemos un relato como de fray Gaspar, no podemos menos que reconocer.

Cabe señalar que, en la narración del fraile dominico, la grandiosidad del río Amazonas viene a aparecer en todo su esplendor, a la vez maravilloso e intimidante, sobre todo cuando se acercan a la desembocadura formada por innumerables islas, y donde las mareas se hacen sentir con toda su fuerza. De esos cientos de islas que conforman el delta amazónico, muchas estaban habitadas por tribus indígenas, por lo que desembarcar en alguna de ellas resultaba muy peligroso. “Por ser las islas muchas y muy grandes —dice el cronista—, nunca pudimos tornar a tomar tierra firme, ni de una ni de otra parte, hasta la mar, en que iríamos por entre estas islas doscientas leguas, todas las cuales y ciento más sube la marea con mucha furia” (Carvajal, 1955, p. 113). Cabe recordar que una legua corresponde a unos 5 kilómetros, es decir, mide aproximadamente la distancia que puede recorrer una persona a buen paso durante una hora.

La fuerza de las mareas fue un duro impedimento para que los bergantines pudieran avanzar hasta el mar, “porque nos acontecía muchas veces —dice el narrador— garrar [es decir, retroceder] y volver el río arriba en una hora, más que habíamos andado en todo el día” (Carvajal, 1955) (116, nota 1). Y el fraile recapitula entonces el camino recorrido con las siguientes palabras: “por todas son trescientas leguas de

marea y mil y quinientas sin ella, de manera que se montan [es decir, se suman] las leguas que hemos andado por este dicho río, desde donde salimos hasta la mar, mil quinientas y tres leguas, antes más que menos” (Carvajal, 1955, p. 113). En realidad, hoy sabemos que la suma total del recorrido realizado por los expedicionarios no fue de 1.503 leguas, sino de 1.800; lo que, traducido a kilómetros, viene a dar un total de 9.000 kilómetros. Una verdadera hazaña casi increíble. Para terminar, bien vale la pena recordar las hermosas palabras con las que el escritor colombiano William Ospina (2004) nos habla del poder evocador de mitos que ha tenido el Gran Río de las amazonas:

En la compleja mitología que ha dictado el río Amazonas a los pueblos de sus orillas, uno de los temas fundamentales es la gran serpiente. El ser que se desliza por el río y que es el río, que ondula y se ensortija, que asciende por los árboles uniendo el mundo subacuático y subterráneo con el mundo de la superficie, que extiende su piel por el cielo formando el dibujo de las constelaciones, ese ser que habita todos los espacios y que va dejando pieles de serpiente a lo largo del camino, constituyéndose también en imagen del tiempo, es el símbolo vivo de la selva; y en uno de los muchos relatos míticos es la serpiente canoa que al avanzar forma el río, y que trae sobre sus lomos a las criaturas que poblarán la selva. La gigantesca anaconda amazónica, con su cuerpo poderoso, sus hábitos y sus colores, satisface para la imaginación las exigencias del mito (p. 33).

Referencias

- Borja, J. (2002). *Los indios medievales de Fray Pedro de Aguado*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano.
- Carvajal, G. (1955). *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río Grande de las Amazonas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Carrillo, F. (1987). *Cartas y crónicas del descubrimiento y la conquista. Enciclopedia histórica de la literatura peruana* (tomo II). Lima: Editorial Horizonte.
- Colón, C. (s.f.). *Primera carta. Dirigida a Luis de Santángel, financista de Colón y Escribano de Ración* (prestamista). <http://aix1.uottawa.ca/~jmruano/colon.pdf>
- De las Casas, B. (2011). *Bartolomé. Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Medellín: Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia.
- Leonard, A. (2000). *Los libros de los Conquistadores*. México: Fondo de Cultura Económica.
- López de Mariscal, B. (2007). *Modelos narrativos para los cronistas del Nuevo Mundo: una mirada a los textos fundantes*. Instituto Tecnológico de Monterrey: Recuperado de www.cervantesvirtual.com/obra-visor/modelos-narrativos-para-los-cronistas.
- Mignolo, W. (1992). Cartas crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista. En L. Iñigo (coord.). *Historia de la literatura hispanoamericana. Época colonial*, vol. 1, 57 - 116. Madrid: Cátedra.
- Ospina, W. (2004). *De cómo la ficción descifra al mundo*. X Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana. Filosofía, arte y literatura: diálogos y debates (pp. 33-41). Bogotá: Universidad Santo Tomás.
- Pastor, B. (1983). *Discurso narrativo de la conquista de América*. La Habana: Ediciones Casa de las Américas.
- Pizarro, A. (2009). *El río tiene voces*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Todorov, T. (1987). *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI Editores.